

LA NARRATIVA IGNORADA DE DON PABLO DE OLAVIDE

Por *Estuardo Núñez*

(Discurso de Orden pronunciado por el Académico de Número Don Estuardo Núñez en el acto de celebración del Día del Idioma, el 23 de abril de 1970, en la Casa de la Cultura del Perú)

El interés por los aspectos biográficos de un personaje de tan intensa y vasta acción política y social y de tan brillante personalidad, como Olavide, ha desviado a la crítica de la consideración y estudio detenido de su actividad intelectual o de los textos literarios que constituyen su vasta producción.

La crítica se ha limitado, en lo que concierne al estudio de la obra literaria de Olavide, a formular apreciaciones sobre algunos libros del notable limeño de menos significación tales como *El Evangelio en Triunfo* (1797), que no del todo es original de Olavide, sino traducción, glosa y ampliación de un tratado moral del teólogo francés Lamourette, los *Poemas Cristianos* (1799), de escasa originalidad, y *El Salterio Español* (1800) que es apenas una versión fiel pero mediana de los salmos de David.

Pero la mayor parte de la obra propiamente original y de valor creador se ha ignorado y la búsqueda de sus textos no ha constituido el objetivo de la crítica.

Habiéndonos impuesto la tarea de llenar esta laguna, hemos logrado, después de detenidas investigaciones en bibliotecas y archivos de España y de Europa y Estados Unidos, descubrir e identificar una copiosa producción literaria del más alto valor, contenida en manuscritos y en ediciones españolas y americanas que fueron hechas sin su nombre, algunas clandestinamente, en vida o después de su muerte.

Esta producción desconocida y olvidada, las más de las veces ignorada, corresponde a los géneros que Olavide cultivó con singular prestancia y asiduidad, sobre todo en los años de madurez, o sean el teatro y la novela.

Ha sucedido así con Olavide un caso paradójico, pues se le han atribuido como propias obras ajenas o que lo fueron en parte (como sucede con el *Evangelio* en triunfo, que como ya dijimos no es sino la versión y glosa o ampliación en buena parte de un ensayo moralizante escrito en francés, o con la tragedia *Celmira*, que no fue sino versión de du Belloy) y en cambio, sus obras propias y de contenido creador, aparecen como anónimas, como es el caso de las obras de teatro que tradujo o de las desconocidas y olvidadas novelas escritas en sus años de ancianidad, editadas sólo un cuarto de siglo después de su muerte.

El modesto resultado de un paciente trabajo de búsqueda y confrontación de textos, nos ha llevado a identificar con toda certeza los escritos teatrales de Olavide, que fueron editados sin indicación alguna de su nombre.

El hallazgo de los textos narrativos

Durante los años de 1964 y 1967, aprovechamos de breves estadas en Madrid y Barcelona para iniciar y de-

senvolver la búsqueda y la indentificación de los textos teatrales —comedias y tragedias— de Olavide, ya fuesen obras originales o traducciones. En 1969, en una tercera estada madrileña nos fue dado culminar dicha tarea. Quedaron, sin embargo, algunos puntos de esa investigación que pensamos poder esclarecer en el verano del mismo año, en que disfrutamos del tiempo libre que nos permitía la docencia en la Universidad de Buffalo, New York, la cual es dotada de una biblioteca muy completa y con servicios sabiamente organizados. Desde su seno, mediante la oficina de inter-préstamo, podíamos manejar fondos de casi todas las bibliotecas universitarias de los Estados Unidos y aun algunas públicas o municipales. Averiguando por textos teatrales en otras ediciones, vino a nuestro conocimiento el dato de la existencia de una obra narrativa (y no teatral) de Olavide. Hallado en los fondos de la Biblioteca Pública de New York, tuvimos el encuentro feliz del texto de una novela titulada *El incógnito o el fruto de la ambición* (en dos volúmenes).

Indagando en el valioso repositorio de la Universidad de Brown (la biblioteca John Carter Brown) en Providence, obtuvimos la evidencia de otra novela titulada *Paulina o el amor desinteresado* (también en 2 volúmenes). El hallazgo era ciertamente inesperado y desconcertante, pues estas novelas se habían editado en una conocida imprenta neoyorquina (la Lanuza, Mendia y C.) que en la segunda década del siglo XIX, editó muchos libros españoles o versiones de otros idiomas al castellano. Pero apesar de la circunstancia de ser éditas estas novelas, no habían sido nunca mencionadas, ni siquiera indirectamente, por ningún crítico, ni figuraban tampoco en ninguna bibliografía. La sorpresa incrementó nuestro afán de búsqueda y en los últimos meses hemos sido realmente afortunados al hallar nuevos textos narrativos de Olavide en la biblioteca John Widener de la Universidad de Harvard, donde ubicamos

Sabina o los grandes sin disfraz y *Marcelo o los peligros de la corte*, y en la biblioteca libre de Filadelfia, otras dos: *Lucía o la aldeana virtuosa* y *Laura o el Sol de Sevilla*. Poseemos también ahora el dato suplementario de la existencia cierta de otro texto más, titulado *El estudiante o el fruto de la honradez*, (2 volúmenes o partes) que no hemos podido hallar, con lo cual totalizamos 7 novelas cabales editadas, en primorosa edición en 16^o —tamaño pequeño— todas en la misma casa editora y el mismo año de 1828. Es curioso además que de ellas sólo se tiene noticia hasta ahora de ejemplares únicos, conservados en las bibliotecas ya apuntadas.

El incógnito (144 + 171 pp.), la más extensa y lograda de sus novelas, cuenta la historia de un desconocido y desgraciado anciano, arrepentido de la tragedia múltiple que provocó su ambición descontrolada. Dos familias campesinas de vida ejemplar han tenido cada una un hijo, Albano, y una hija, Rufina, que llegados a la edad de la adolescencia se enamoran, dando el vivo ejemplo del amor puro y sin malicia. En vísperas de casarse, el padre de la novia hace fortuita amistad con un joven noble y rico que lo invita a la ciudad para que disfrute de los placeres y la vida fácil y refinada. La intención de este joven noble es lograr la seducción de Rufina, de quien se ha enamorado y logra convencer al padre, ofreciéndole riquezas y goces materiales, para que deshaga los planes de su hija prometida de Albano. Cegado por la ambición, el padre de Rufina logra frustrar la boda de su hija con Albano y éste, desesperado, se arroja a un precipicio y muere. Al poco tiempo Rufina enferma de pena y también sucumbe. El padre reacciona tarde y arrepentido de su ambición malsana, lamenta desesperado su desgracia.

Marcelo (160 pp., subtitulada “Los peligros de la Corte”) pretende aleccionar acerca del vicio o la inmoralidad que domina en la ciudad (o corte, como solía desig-

narse a la metrópoli) y sirve para probar la tesis de que el hombre más virtuoso o prudente no puede evitar el peligro de hombres perversos o mujeres intrigantes que suelen hallarse en las grandes poblaciones. En contraste, como también sucede en *El incógnito* y *Lucía*, exalta la sencillez de la vida aldeana o campesina, donde no cabría el ejercicio de las malas artes o las maquinaciones de la maldad humana. Marcelo, hombre acomodado de la provincia, buen esposo y ejemplar padre de familia, decide trasladarse a Madrid, donde hace relación con un marqués vividor y complaciente que lo introduce en la compañía de una mujerzuela que seduce al provinciano y consume su fortuna. Marcelo arruinado y crédulo, es fácil víctima de una coalición nefasta que llega casi al punto de liquidar los lazos conyugales de Marcelo y su esposa. Al final, se impone la prudente actitud de la esposa doña Martina y el buen sentido de Marcelo que reacciona a tiempo para evitar una tragedia. Una herencia providencial lo salva del descalabro económico y la familia puede rehacerse y vivir sus miembros en felicidad el resto de sus vidas.

Paulina (159 pp.) presenta el caso del amor noble y desinteresado de una plebeya por un marqués enamorado de ella pero sugestionable y sujeto a vanos cálculos y miramientos de clase social. Paulina cuidando cautelosamente su virtud y señorío, consigue al fin, en premio a su generosidad de corazón, ser desposada por el marqués.

Laura o el Sol de Sevilla (112 pp.) es un relato novelesco en que se expone la desgracia que acarrea la jactancia en los hombres que se precian de seductores y, por contera, de los excesos a que pueden llevar los celos infundados. Un charlatán desconocido relata, en una posada, la aventura que ha tenido con la virtuosa y bella mujer del esposo que está presente. Este, celoso y violento, lo mata en el acto y manda matar también a su esposa. El encargado de cumplir el mandato desiste de hacerlo y la esposa

se oculta en espera de que se aclare la situación. Después de muchos días, aparece un cura que ha recibido en secreto la confesión de la criada que se había hecho pasar por la esposa infiel para usufructuar de una recompensa ofrecida por el seductor. La intervención del cura libra al acusado de la muerte y hace propicio el regreso de la esposa fiel e inexpugnable que gestiona y obtiene del Rey el perdón de su celoso marido.

Lucía o la aldeana virtuosa (96 pp.). Lucía es la joven campesina llena de virtudes que emigra a la ciudad para ayudar a su padre enfermo, hortelano en las afueras de Madrid, y encuentra la protección de una dama comprensiva y rica. Lucía logra vencer las intrigas propias de la gente citadina de toda condición y al descubrirse la condición social del padre, que se había refugiado en el campo con su familia para huir de la justicia que lo perseguía por haber dado muerte a un noble insolente en defensa de su honor, la dama protectora consigue el perdón del perseguido, que muere antes de saber la noticia. Las dos supuestas aldeanas, Lucía y Mariana, son adoptadas como hijas de la caritativa dama y al cabo, se casan "con personas distinguidas".

Sabina o los grandes sin disfraz (96 + 80 pp.). Sabina, hija de una familia madrileña de alta alcurnia, resulta sacrificada por las intrigas cortesanas, odios implacables e inhumanas conjuras de dos miembros de la nobleza, su propio padre y su suegro, enemigos irreconciliables. Los esposos huyen hacia Lisboa, pero hasta allí les alcanza la suerte adversa. El esposo sin saberlo da muerte a un desconocido que se acerca sospechosamente a su casa. Es prendido y acusado de asesinato de su propio suegro.

Los grandes carecen de los atributos morales de los pequeños y los débiles, y Sabina no sólo sufre la intemperancia del padre y el odio del suegro, sino la doblez de otro cortesano influyente que la había pretendido y quien la

ultraja a cambio de dar libertad a su esposo. Cuando éste la recobra alcanza sólo los últimos instantes de una esposa que muere de dolor.

Finalmente, Juan María Gutiérrez hace referencia bibliográfica a una obra narrativa de la cual, sin haberla leído, cita sólo el título:

El estudiante o el fruto de la honradez. (Por el autor del *Evangelio en Triunfo*. New York, en Casa de Lanuza Mendio y C. impresores librereros, 1828 1a. y 2a. partes, 97 + 80 páginas en 6º). Es ésta la única de las siete novelas que no obstante estar citada, no hemos podido hallar todavía. [Los demás textos narrativos tienen idénticas características bibliográficas.]

Olavide y la novela coetánea

¿A qué tradición o corriente narrativa corresponden estas novelas de Olavide?

La prosa de ficción no había tenido desde la aparición del *Quijote* cervantino, una secuencia inmediata en Europa. Después de un lapso de tanteos y desafortunados intentos, que abarca todo el XVII, hará su aparición más coherente, en Inglaterra antes que en Francia, gracias a dos notables creadores que fueron Samuel Richardson (1689-1762) y Henry Fielding (1707-1754).

Las novelas epistolares *Pamela o la virtud recompensada* que publica en 1740 y *Clarissa o la historia de una joven*, de 1748, dieron fama europea a Richardson. Describimos brevemente su trama para mostrar el contenido similar a las de Olavide. *Pamela* es una joven hija de campesinos, educada por una noble dama, que pese a tentaciones múltiples salva su virtud y llega a casarse con su patrón o empleador, a quien cura de sus aficiones por las aventuras de amor ilícito. *Clarissa* es la novela de la vir-

tud perseguida, en la historia de otra joven, de familia distinguida y acomodada, quien es seducida por un libertino, con quien después se niega a casarse. Deshonrada se le cierran todas las posibilidades de una vida regular y honorable y muere en abandono. Un primo suyo venga a Clarissa y da muerte en duelo al seductor.

“El propósito manifiesto de Richardson —dice George Saintsbury— y no cabe duda alguna de que era sincero, no era en modo alguno producir obras de arte, sino inculcar lecciones de moralidad. Sin embargo la posteridad [...] reconoció que Richardson era un gran artista aunque en modo alguno impecable [...]. Su popularidad fue tan grande en su propia patria como en el extranjero”.

Y desde luego en Francia donde es prontamente traducido. y de donde provenía también su inspiración primera, pues según la crítica, tomó la idea para sus narraciones de un relato de Marivaux titulado *Vida de Mariana*, publicado en 1731, el mismo año de la aparición del *Manon Lescaut* del Abate Prevost.

Richardson —cuya obra narrativa casi tuvo para el lector común la misma significación que Shakespeare en el teatro o que Chaucer en la poesía inglesa —fundó en realidad la novela de análisis y sentimental, de gran extensión y meticulosidad de motivos y situaciones morales. La ausencia de humor y de amenidad, sus inverosimilitudes conspirarán a la postre contra la supervivencia de estas creaciones. Pero el impacto de ellas, es indudable durante la mitad del siglo XVIII.

Fielding avanzó otros tramos de la novela en sus obras *Joseph Andrews*, *Tom Jones* y *Amelia*, pero Richardson había descubierto ya la naturaleza emocional de la mujer y esa fuente servirá para superar la etapa de la novela de

aventuras del tipo de *Robinson* de Defoe o el *Gulliver* de Swift y para ampliar así el horizonte de la novela europea. El novelista empieza a utilizar al lado de personajes de la aristocracia, a personas y costumbres de la clase media.

Sobre Fielding y sobre Richardson había operado el impacto de Cervantes, cuya obra corría traducida al inglés desde 1612.

El estudio de la biblioteca de Olavide requisada por la Inquisición, demuestra que aparte de sus aficiones por la literatura francesa, Olavide tenía también predilecciones por otras muestras de la literatura europea, lo cual explica que como hombre de su tiempo, su curiosidad y sus intereses eran universales. En su biblioteca,

“respecto a la producción contemporánea,— dice Defourneaux—la parte de novelas galantes o licenciosas, de “cuentos morales”—e inmorales— es considerable. Se encuentran lado a lado novelas, sentimentales, moralizadoras y a veces lacrimosas, traducidas o imitadas del inglés, por el Abate Prevost, La Place y otros” (y agrega en una nota que esas novelas sentimentales eran *Pamela*, de Richardson, *Tom Jones* y *Sir Charles Grandisson* de Fielding, más *Oronoko* de la señora Behr).

En Francia, Madame de Genlis (née Saint-Aubin, 1746-1830) siguiendo la modalidad de las novelas morales o ejemplares (generadas por Cervantes y cultivadas después por Richardson y Fielding en Inglaterra y por Fenelón autor del *Telémaco* en Francia), publica en 1748 *Las veladas del castillo*, con historias o relatos novelescos en que se alterna la doctrina moral con el recreo y los cuales son destinados a “inspirar en los jóvenes las inclinaciones sencillas y virtuosas que nos acercan a la Naturaleza y que hacen desear con preferencia la vida quieta y sosegada del cam-

pe". Cada asunto tiene una referencia directa a un precepto moral.

“Nunca se conseguirá hacer virtuosos a los hombres —sostiene la autora—empleando insulsas y frías reflexiones; solamente se logrará ese fin presentándoles ejemplos eficaces y pinturas hechas a propósito para penetrar y estamparse en la imaginación y esto es lo que se debe llamar: la moral en acción.” (Introducción)

Comentando los libros de Madame de Genlis —dice Carmen Bravo Villasante en un interesante trabajo sobre “La literatura infantil francesa” (en *Cuadernos hispano-americanos*, Madrid, Nº 237, 1969)—:

“son, pues moral en acción e instrucción en acción. Ella reconoce que desde hace más de 20 años se ha puesto de moda la publicación de obras peligrosas con el título de *novelas morales* y *cuentos morales*, pero al mismo tiempo proclama la validez de los fundadores del género: Cervantes, Addison, Richardson y Fenelón.”

Se escribía entonces en Francia, como en Inglaterra e Italia, este tipo de novelas para niños, adolescentes y adultos que desplazaban a las obras de ficción extravagantes y extrañas, como las de hadas y trastos o caballeros, consideradas inútiles o perjudiciales para el gusto y el criterio de los hombres de la Ilustración.

Richardson inicia y promueve de tal suerte, con sus obras el auge de la novela sentimental europea en la primera mitad del siglo XVIII, con elementos exotistas (a veces americanos) o sin ellos.

Otras novelas francesas de este tipo fueron las siguientes:

Delfina o la opinión, de Madame de Staël, *Clelia* de Madame Scudery, *Cassandra* de Madame de Calpranède, *Cuentos morales* de Marmontel, *Novela española* de Madame de Grafigny. De la misma índole resulta también en Alemania, aunque ya teñida de romanticismo, el *Werther* de Goethe, aparecido en 1774.

Y más tarde, otra peruana, también expatriada y perseguida por sus ideas como Olavide —Flora Tristán— escribió una novela semejante que se titulaba *Mephis ou le Proletaire* (roman philosophique, autobiographique et social) Paris, 1838, compleja trama de injusticias sociales, infortunios, muertes, miserias e infamias.

Tenemos así, en la segunda del XVIII, en toda Europa, la novela entre moralizante y racionalista, con un trasfondo ético que viene de la reflexión apriorística. Se escribe la novela para probar un postulado previo: la bondad del optimismo, la recompensa de la virtud, los resultados de la buena o mala educación, etc. La novela quiere ser antes que el espejo de la vida, el reflejo de ideas que se pudieran aplicar en la vida, esto es, recetas morales que sirvan a la conducta de los hombres o al ordenamiento y mejora de la sociedad. No interesa al novelista reflejar la realidad que lo circunda, sino moralizar, señalar un comportamiento adecuado para vivir mejor. Esto podría denominarse la novela ética.

Olavide se inscribe igualmente, como autor representativo de la novela sentimental y ética europea de fines del XVIII y comienzos del XIX. Es único dentro de esa línea de creación en la propia España y también en América.

Olavide creaba en lengua castellana una narrativa que iba siendo común en Europa, y que tal vez no había aún tomado raíces en la misma España. Esta vez sus modelos no fueron franceses sino ingleses, aunque presumiblemente

muchos de ellos llegaron a ser conocidos a través de diligentes versiones al francés que empezaron a difundirse con profusión.

El contenido ético y su procedencia

Existe una indiscutible relación entre las novelas y *El Evangelio en Triunfo*, obra muy citada pero que pocos han leído en su integridad, limitándose a juzgar toda la obra por las primeras páginas abstrusas y anacrónicas y acaso por los dos primeros tomos, incompatibles —por sus discursos teológicos y adoctrinantes— en el gusto de hoy. Pero la obra cambia notablemente de sentido de orientación en el cuarto tomo, cuando el discurso especulativo cede el paso al relato de la propia experiencia de Olavide. Es entonces cuando el autor se aparta del texto, según Defourneaux, el de Lamourette, que le dio pie para componer los primeros tomos y escribe así Olavide una obra inconfundiblemente suya.

Es así también evidente que la crítica anduvo descaaminada en sostener que *El Evangelio* sólo es una traducción más o menos ampliada de un libro ajeno. Ello sólo es cierto para algunos capítulos, dentro de los tres primeros volúmenes. Pero en el cuarto, el pensamiento vivo de Olavide se impone y crea páginas que podrían denominarse un *Nuevo Emilio* (las referentes a la educación del niño o la instrucción del campesino), o el *Anti Voltaire*, a quien denomina “monstruo maléfico” por haber propiciado la incredulidad no obstante “la fecundidad de su imaginación exaltada y la fuerza prodigiosa de su ingenio”.

En las cartas XXXV y XXXVI de dicho tomo cuarto se inserta la historia de Mariano y Teodoro contada por el Filósofo o sea el propio Olavide. Existe en esa historia un germen de novela, la cual se frustra por el afán proselitista y religioso del texto y el poco interés que pone el

autor en seguir un relato de ficción, ganado por el afán didáctico. Pero no deja de haber una tesis, desarrollada más tarde en más de una de las novelas, la de que la formación congestionada de las ciudades y el abandono de los campos crean un ambiente contrario a la moral en las primeras y se deja a un lado la vida saludable del campo, además de sustituirse muchos oficios y ocupaciones útiles por la vida ociosa o corrupta de las cortes o ciudades. De allí deriva a reflexiones acerca de la educación de los niños y el estudio de la naturaleza.

Abunda luego, ya fuera de la narración, en una serie de consideraciones sobre la manera de fomentar la agricultura y ganadería, aconsejando medidas de reforma y colonización agraria como medio de combatir la pobreza y como forma de mantener las buenas costumbres en las cuales vuelca Olavide toda su experiencia en la obra de Sierra Morena. En la carta XXXVII y en la siguiente, es presentada en detalle la organización de la Junta de Bien Público, institución de asistencia, bienestar y orientación social.

Pero, recíprocamente, hay en las novelas párrafos morales que parecen extraídos de *El Evangelio en Triunfo*, lo que demuestra y confirma, por la similitud de estilo y actitud, la autenticidad de los textos narrativos publicados en 1828.

En ese tomo cuarto de *El Evangelio en Triunfo* podríamos decir que se encuentra el germen de las posteriores novelas, lo cual confirma además la sospecha de que éstas fueron escritas en época muy próxima a la terminación (1796) de aquella obra, de la cual no es pertinente afirmar que sea una simple "versión libre" de libro francés ajeno. En ese mismo tomo IV del *Evangelio* las ampliaciones superan o exceden el posible texto traducido y se vierten, por lo contrario, las propias ideas sociales de

Olavide, cuyo original pensamiento se hace ya inconfundible.

De él son muestra clara estos párrafos:

“Pero id á examinar estos jóvenes que han pasado muchos años en la educación de un colegio o de una universidad, y yo quiero que no examines sino á los que salen con la reputación de instruídos y de quienes se dice que son sobresalientes. Los hallarás por lo común llenos de preceptos de gramática, los encontrarás sabiendo de memoria muchos versos y mucha prosa, muchos textos del código y digesto, y si pueden repetir los términos misteriosos y oscuros de Aristóteles se les mira como un prodigio. Les oirás hablar con satisfacción de todo, sin detenerse en nada; porque lo mejor que han aprendido es el arte de la sofisteria, el improbo talento de poder defender las opiniones mas absurdas ó las mas encontradas, sin distinguir jamás el error de la verdad.”

(De *El Evangelio en Triunfo*, tomo IV, Ed. Barcelona, Imp. Fco. Oliva 1848, p. 106.)

“Esta manía de trasportarse los hombres y las riquezas, este furor de huir del país nativo para engolfarse en la corte, ocasiona en gran parte la ruina de las provincias los campos quedan despoblados, sin brazos y destituidos de medios, la agricultura se debilita, las artes huyen ó se entorpecen, las producciones disminuyen y toman unos precios tan subidos que incomodan á todos.

El medio único, el mas simple y seguro es que el gobierno promueva por leyes, por ventajas y por cuantos arbitrios le da su autoridad, que los señores, los ricos y los grandes propietarios vayan á habitar en sus tierras; esto solo es capaz de hacer revivir una nación en poco tiempo. Entonces los que son dueños de las tierras se verán obligados á cultivarlas; los jornaleros hallarán ocupación, las

artes ejercicio, la agricultura medios y las costumbres muchas mejoras.”

(De *El Evangelio en Triunfo*, tomo IV, Ed. Barcelona, Imp. Fco. Oliva, 1848, p. 91)

Coincidentes en el mismo espíritu didáctico-moral, en las novelas se intercalan reflexiones de este jaez:

“Dichoso el que no ha visto nunca la frívola opulencia de las ciudades ricas y vive siempre tranquilo en su simple cabaña. Desde que el pobre ve la brillante habitación del poderoso, empieza a desdenar y hallar odiosa la suya en que gozaba de muy dulce reposo”.

(*El incógnito*, p. 75, I)

“Su corazón se abría a la sencillez de gentes rústicas y simples, que con la apariencia de la grosería suelen esconder almas no desprovistas de calor y de luz”.

(*Sabina*, p. 80)

“allí aprendió que cuando el interés del poderoso lo exige, el débil es atropellado sin piedad: que el temor acobarda a los más amigos: que la pereza detiene a los indiferentes; que la opinión pública, ciega y variable, condena o absuelve ligeramente sin conocimiento de causa, sin instrucción, y sin haber por qué y en fin, que el mal se hace sin reflexión, que muchas veces se hace por instinto y otras por el impulso que saben dar aquellos que dominan”.

(*Sabina*, p. 30, II)

“Los infelices no inspiran respeto ni causan sujeción. Se le envilece fácilmente y con una inhumana seguridad son el ludibrio y la mofa de los hom-

bres opulentos, que con el oro en la mano compran su honor, regatean sus virtudes y se indignan de que se les resista”.

(*Sabina*, p. 48, II)

“Qué consuelo es saber que hay otra vida después de ésta, que en ella se cambian los destinos y que son tan terribles los castigos de la opresión y del delito, como son dulces las recompensas de la paciencia y la virtud”.

(*Sabina*, p. 80, II)

“Una situación dichosa no provoca a reflexionar, porque se atormenta por conocer la causa de la dicha que tiene. El bienestar nos parece un estado natural. Es su interrupción la que nos turba, la que nos agita. Las desgracias son las que nos instruyen, las que extienden nuestras ideas, las que dan inquietud al alma y actividad al espíritu, porque el dolor nos obliga a buscar en nosotros fuerzas para sufrirlo o recursos para desviarlo”.

(*Paulina*, p. 51 - 52)

“Las frívolas y aparentes ventajas de las cortes (ciudades) tienen inconvenientes más graves y que deben inspirar temor. Esas luchas de la ambición, esas vanas ostentaciones de la riqueza, esas fiestas, diversiones y placeres no constituyen al hombre verdadero ni a la criatura racional y estimable y traen consigo mil peligros, que la embelezan y degradan”.

(*Marcelo*, p. 13)

“La virtud más probada puede disminuirse o alterarse, comunicando demasiado con el vicio. No es fácil precaverse y eximirse de la corrupción mo-

ral de esta epidemia, que infesta a los pueblos populosos y sobre todo al que es capital del imperio”.

(*Marcelo*, p. 14)

Unos y otros textos demuestran la congruencia y la continuidad entre la obra apologética de Olavide y sus obras narrativas, la vinculación ideológica que tuvieron a más de la similitud de estilo y la proximidad en la época de composición de una y otras.

De tal suerte, Olavide resulta a fines del siglo XVIII el primer representante de una nueva modalidad ideológica cuya definición ha tomado singular fuerza en tiempos recientes: “La Ilustración cristiana”, ya perfilada en *El evangelio en triunfo* y casi del todo definida en sus novelas. De un lado execraba la intolerancia, la intervención del catolicismo en asuntos terrenales, la persecución de las ideas, pero de otro lado era fiel a la verdad teológica del dogma, el cual aceptaba aunque repudiara los grilletes de una estricta ortodoxia. Terminó por renunciar a Voltaire después de haberlo tenido por modelo en sus años mozos, y aún en los maduros, pero abrazó la raíz cristiana y la fuerza de los ideales de Rousseau, despojándolos de sus excesos y desviaciones. Un nuevo espíritu de conciliación (que a veces se ha confundido con la palinodia o el arrepentimiento) se afirma en sus últimos años, que en forma alguna pueden tacharse de decadentes o claudicantes, pues en ellos renace un afán de creación vigorosa que significa la mejor y más original aportación de su talento.

Epoca de composición y circunstancia de la edición.

Con estos antecedentes y como novelas dirigidas al lector común y no a la clase intelectual, las narraciones de Olavide debieron ser ingenuas en su técnica y en sus tópicos.

Satisfacían necesidades elementales como lo hacen los cuentos ejemplares y las canciones. Perseguían el solaz del lector común y se limitaban a filtrar una enseñanza didáctica más que una finalidad estética. Pero al mismo tiempo se justificaban ante el lector común por la crítica que hacían de ciertas costumbres e instituciones sociales, de ciertos usos caducos y de algunos vicios graves que acentuaban la injusticia o la desigualdad social y el privilegio de unos pocos.

El estilo uniforme, la estructura semejante, las reflexiones coincidentes en ideas comunes, el ritmo muy parejo, todo parece indicar que las siete novelas fueron escritas en una misma época o etapa de vida del autor. Pero sería necesario precisar, con más congruencia a cual etapa corresponden.

El descubrimiento de la obra narrativa de Olavide nos pone en el caso de revisar y tal vez de reconstruir los años últimos del autor. Los biógrafos de Olavide nos han presentado en esos años que van desde el "Termidor" de la revolución francesa, desde que aparecieron desatadas las luchas fratricidas entre girondinos y jacobinos de los cuales resulta víctima inocente o inconciente el ilustre limeño, perseguido por las mismas fuerzas implacables y el mismo avatar revolucionario que contribuyó él mismo a estimular hasta los años postreros de su vida. La imagen de un hombre agobiado por el infortunio, de un arrepentido pecador que busca la consolación en la lectura o traducción de libros devotos, de un anciano achacoso y decadente que entona el "mea culpa", acabará por desdibujarse en nuestra mente. En contraste con esta imagen, los últimos años revelan a un hombre distinto, que lejos de acusar decadencia física o mental —no obstante su trabajada vida— ha descubierto una cantera espiritual insospechada. Olavide se descubre a sí mismo en estos años. Han aflorado sus potencias creadoras que antes estuvieron ocultas o encerradas en el

afán de darse en otros menesteres de acción, como reformador de instituciones, como renovador del gusto teatral, como conductor intelectual de su época como reformador de la Universidad, como revolucionario abierto o subterráneo. Emerge un creador caudaloso y lúcido, que impone en el mundo hispánico el auge perdido de la novela ejemplar, que hace retornar de sus nuevas fuentes inglesas en esos años finales de su vida —bajo el sol andaluz de Baeza— siete novelas, una tras otra, que lega para su póstuma publicación. Ese legado —hasta ahora desconocido— iba a ser el más constructivo y durable esfuerzo de su vida,—y en verdadera lucha unamuniana—su agónico y postrer mensaje.

Es procedente despejar algunos enigmas. ¿Quién fue el editor de las novelas de Olavide? ¿Por qué guardó tantos años (de 1803 fecha de su muerte hasta 1828) los manuscritos, sin darlos a conocer? ¿Por qué se editaron en los Estados Unidos y no en país de habla hispánica? ¿Cuál es la razón por la que aparecieron todas las novelas en el mismo año de 1828? ¿Por qué no se ha conservado sino un solo ejemplar de cada novela? ¿Por qué no se han citado siquiera estas obras y ediciones en las muchas publicaciones críticas y bibliografías hechas sobre Olavide en más de siglo y medio?

El Almanaque americano Longworth (x) entre 1825 y 1832, registra al médico y librero español Cayetano Lanuza como residente en la ciudad de New York en varias direcciones (3 Varick Street, 1 Franklin Street, 30 Exchange Place, 105 Chambers Street, en Brooklin y en Greenwich. También figura como traductor al castellano de varias obras francesas e inglesas tales como el *Diccionario Filosófico de Voltaire*, New York, Tyrrel y R Trompkin, 1825, en 10 volúmenes pequeños.

Como librero ofrece ediciones castellanas de muchos autores famosos: *Cuentos y sátiras de Voltaire*, traducidos

por M. Domínguez, New York, 1825; *El Vicario de Wakefield* de Goldsmith, traducida por el mismo M. Domínguez, New York, 1825, Vida de Jorge Washington por Ramsey, trad. por Lanuza, 2 tomos, New York, 1825; *Compendio de Historia de los Estados Unidos*, New York, 1825; Vocabulario auxiliar español-inglés, por I. L. Barry, New York, 1825; *Fábulas de Samaniego*, New York, 1826, *Fábulas de Iriarte*, New York, 1826; *Ortografía de la lengua castellana* por la Academia española, New York, 1826, *Jicotencal*, novela mexicana anónima, 2 tomos, Filadelfia, 1826. Se anuncian “en la casa de Lanuza y Mendia”, otras obras en prensa como la Vida de *Benjamín Franklin*, escrita por él mismo, y el *Pérsiles y Segismunda* de Cervantes.

Como traductor, además del Diccionario de Voltaire, Cayetano Lanuza aparece trasladando al castellano la *Vida de Washington* de Ramsey y *La historia de la destrucción de los templarios* de Carl Gottlob Anton, obra que edita en New York en 1828, el mismo año en que aparecen las novelas de Olavide.

Los catálogos de bibliotecas europeas nos permiten anotar que Cayetano Lanuza había dirigido a las Cortes españolas una “Representación en favor del Supremo Tribunal de Salud Pública”, que publica bajo su nombre en Madrid en 1821. Al año siguiente publica también en Madrid la versión castellana de una mediocre y licenciosa novela inglesa de Samuel W. H. Ireland titulada “La abadesa” (Madrid, Alban, 1822). Posteriormente publica en Francia las traducciones castellanas del *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del entendimiento humano* de Jean Antoine Cordorcet (París, 1823) y del *Sistema físico y moral de la mujer* de Pierre Roussel (París, 1825).

Del conjunto de estos datos podemos deducir que Cayetano Lanuza era médico y que por sus ideas liberales tan acordes con la difusión de escritos reñidos con el régimen imperante en España y por su ofición por las ideas

de libre pensamiento que revelará en sus próximas publicaciones, se vio obligado por 1823 a tomar el camino del destierro como tantos otros españoles liberales (J. María Blanco-White, José Joaquín de Mora, etc), radicando primero en Francia entre 1823 y 1825 y a partir de esta fecha en los Estados Unidos.

Fungió primero de profesional médico entre la colonia de inmigrantes españoles o hispanoamericanos de Nueva York y al mismo tiempo inició un negocio de librería (que cambia de ubicación cuatro veces: calles de Varick, Franklin, Exchange Place y Chambers) para esa misma colonia de habla castellana. Tradujo obras modernas del inglés y el francés que editaba primero en imprenta ajena —de 1825 a 1827— pero a partir de 1828 adquiere imprenta propia y se lanza a una actividad editorial más intensa sin descuidar el consultorio médico atendido con un hijo suyo (Juan Lanuza), en su domicilio primero en Brooklin y luego en Greenwich. Sus predilecciones ideológicas se revelan en sus versiones de Voltaire y de las biografías de Washington y Franklin.

Lanuza habría recibido en España los manuscritos de las novelas de Olavide de mano de alguno de sus albaceas y las retiene en su poder para publicarlas, como libros póstumos, en 1828, cuando puede disponer de su propia imprenta. Serían de él, los breves prólogos que las preceden. Las novelas habrían provocado buena acogida de un público medio y poco intelectual como el de la colonia latinoamericana o española de Nueva York en esos años, lo cual explica que las siete novelas aparezcan en el mismo año. Los ejemplares pequeños desaparecen fácilmente y los círculos de estudio de Estados Unidos tienen muy poco acceso al estudio de la producción en idioma español.

Ha determinado también la omisión de estos textos en obras críticas o bibliográficas, el hecho de que el nombre de Olavide estuviese oculto bajo la frase “autor del Evan-

gelio en Triunfo". Ha sido difícil en tales condiciones la identificación de su verdadero autor sobre todo entre estudiosos o bibliotecarios de habla inglesa, cuando no estaba aún difundida en Norteamérica la corriente del hispanismo que incorporó el aprendizaje del idioma español y de su literatura en los *curricula* universitarios, sólo en los últimos cincuenta años.

Contenido y técnica

La trama está siempre recargada con incidencias un tanto irreales, candorosas o inverosímiles acumuladas por la casualidad, según la que para la desdicha se acumulan circunstancias siempre nefastas o para la fortuna se complican acontecimientos siempre favorables. Los personajes adoptan modos de ser rígidos, a veces en desacuerdo con el fluir cambiante de la existencia humana, verdad que sólo descubrió la novela realista del siglo XIX o que intuyó Cervantes en el XVI, como genial promotor de la novela, nuevo género de valor universal.

Ya desde el título de sus novelas —*Paulina, Sabina, Lucía, Laura*— Olavide está mostrando la predilección por los caracteres femeninos y en ello es también deudor y seguidor de Richardson, autor de *Pamela* y *Clarissa*.

Aun las tres restantes figuras masculinas de Olavide cuyo nombre titula sus demás relatos, —*Marcelo, El incógnito, El estudiante*— comparten la acción con otros caracteres femeninos (como Rufina, hija del "incógnito" y Martina, esposa de Marcelo) que resultan a la postre dominantes. Todo ello era moda que respondía a la tendencia muy del siglo de la Ilustración, racionalista e igualitaria, y perseguía reivindicar para la mujer un papel más estimable dentro de las relaciones sociales o una denuncia de la opresión que agobiaba a las mujeres, víctimas de la soberanía masculina, de la expoliación social e individual, del abuso y hasta de la violencia.

Tiene en las novelas especial significado un detalle formal que no debe pasar inadvertido: el uso del título disyuntivo o álgono, o sea la referencia al personaje y a continuación por lo general el corolario moral, en el cual se exalta la virtud o la idea ejemplar o se denigra el vicio y se restablece el nivel ético, esto es, "la virtud recompensada", "el fruto de la ambición", "el fruto de la honradez" o "el amor desinteresado". Acaso podríamos hablar de un género mixto entre novela y didáctica, muy propio de una generación racionalista, en que no es usual el vuelo de la imaginación creadora sin el apoyo o el control constante de la facultad intelectual, de la razón que todo lo domina en aquel siglo de las luces.

Otra característica de este tipo de novelas es que el autor trata de ocultar su paternidad atribuyendo a una circunstancia fortuita el haber hallado un supuesto manuscrito de autor desconocido, o alguien que dicta el texto al que aparece como autor, modestamente relegado a la condición de mero copista. Esto se observa en Voltaire, quien atribuye el *Cándido* a un autor alemán imaginario, o en Mme. de Graffigny o en el propio Olavide que recibe olvidados relatos de autores desconocidos, pero en los cuales siempre va impresa la huella de su pensamiento modestamente atribuido a autor distinto y supuesto. ¿Era esto una forma de despersonalizar la novela? ¿O se pretendía de tal suerte afirmar aun más su valor moralizante, haciéndola aparecer como un producto no personal?

El material "ilustrado" de estas novelas se manifiesta en varios aspectos y sobre todo por la transcripción romántica de la naturaleza.

El "tenebrismo" o inclinación a lo macabro está presente en *El incógnito*, la primeramente mencionada, con el encuentro inicial en el cementerio, a una hora crepuscular, entre lágrimas y gemidos del desconocido anciano. Acaso algún eco de los contemporáneos, el inglés Edward

Young y el español José Cadalso, coincidirán en la inspiración de esa escena. Pero al mismo tiempo que sentimentales, las novelas perfilan el manifiesto propósito educativo, la simplicidad de criterio y una ingenuidad en los planteamientos muy propia de la época.

En *El incógnito* como en las otras novelas, y sobre todo en *Marcelo, Paulina, Sabina y Lucía* no sólo es “rousso-niano” el tratamiento del paisaje, presentado en su idílica bondad y atractivo, sino la misma materia edificante. La vida social en las ciudades desquicia al individuo y la educación debe impartirse en un medio adecuado, dentro de la simplicidad de la naturaleza. Sigue Olavide, paso a paso, el proceso del *Emilio* de Rousseau, exponiendo la ejemplaridad de costumbres de los campesinos y la dicha y felicidad que ella importa. De otro lado, la vida civilizada y la sociedad corrompen al hombre, lo hacen proclive a seguir sus pasiones innobles, a transgredir los dictados de la “sabia” naturaleza y a violentar las sanas costumbres.

Es dominante en las novelas de Olavide la misma actitud crítica y reformista que había inspirado otros actos de su vida pública y privada anterior. El reformador social sigue rompiendo lanzas en estas novelas dirigidas a señalar los vicios de una sociedad aristocrática y pseudo-cristiana, en la cual el privilegio domina sobre la virtud, el convencionalismo sobre la pureza de los sentimientos y de la conducta, la intriga sobre la rectitud, la ambición sobre la humildad, la falsía sobre la verdad, el orgullo y la jactancia sobre la modestia.

Aflora en sus narraciones un liberalismo un tanto encubierto, que corroe las entrañas de una organización social injusta y su juicio crítico se inclina a favorecer al humilde contra el poderoso, al hombre del campo contra el de la ciudad, al noble recto contra el noble envilecido, a la mujer virtuosa cualquiera que sea su origen, contra la sociedad corrompida.

Sus héroes y heroínas constituyen arquetipos definidos y un tanto rígidos, de virtudes ejemplares y de vicios reprochables. El anciano incógnito encarna el arrepentimiento ante el tremendo estrago de la ambición descontrolada por la exigencia de una sociedad injusta; Marcelo representa a la virtud triunfante de la acción disolvente del vicio; Sabina es símbolo de resistencia ante el oprobio. Lucía representa la pureza del alma que vence las conjuras de innobles elementos. Laura es prototipo de la fidelidad y rectitud de espíritu, incomprendida por ligereza del juicio ajeno. Paulina encarna por su parte la capacidad de amar con pureza y sin aparente correspondencia, en alta capacidad de resignación, exenta de flaqueza.

Estos personajes son sintéticos y en verdad en tanto artificiosos, pero hay que juzgarlos sin observar los cánones del realismo posterior. Corresponden a una etapa racionalista y de esquemas fijos y ejemplares.

En los textos se desarrolla un programa moral muy definido contra los vicios que afectan la sociedad y las buenas costumbres: la ambición, los celos irreflexivos e infundados, el amor ilícito, la intriga y la maldad de los poderosos, el cálculo y el prejuicio de clase social, todo lo cual se incuba dentro del ambiente contrario a la naturaleza humana que domina en las ciudades.

En contraste, propician la vida del campo, la sencillez de las costumbres, la sinceridad de los sentimientos, la honradez, el amor desinteresado, la fidelidad, la modestia, la práctica de las virtudes familiares, la bondad, la caridad y el arrepentimiento, bajo los criterios igualitarios y generosos.

De tal suerte, la "ejemplaridad" de las novelas buscada por medios intelectuales e idealistas, corresponde al criterio de un ideólogo racionalista imbuído de las ideas de la Ilustración. Si en su obra de dramaturgo —volcada en piezas originales y traducciones— alrededor de los

cuarenta años de su edad, parece dominante la enseñanza de Voltaire, en estas novelas ejemplares escritas en la ancianidad remansada, alrededor de los setenta años, prevalecen las enseñanzas de Juan Jacobo Rousseau (Julia o la Nueva Eloísa, 1751, el Emilio, el Contrato social) esto es, la vuelta al culto de los ideales y a la simplicidad de la vida rústica, pues según éste todo el bien del hombre procede de la naturaleza y todo el mal se genera en el tráfigo del vivir en sociedad o sea en los grandes conglomerados sociales.

Podía haber Olavide explicado el sentido o la intención de sus obras narrativas, diciendo de ellas lo que dijo Cervantes de las suyas: "Heles dado nombre de ejemplares, y si bien lo miras, no ay ninguna de quien no se pueda sacar algún exemplo provechoso".

Y no debe olvidarse que cuando Olavide inicia su etapa de creación novelística, venía ya de realizar una intensa y extensa experiencia teatral en la cual había tenido presente la norma aristotélica de que el arte tiene el oficio de proponer verdades ejemplares y universales.

Ha desaparecido en las novelas de Olavide el elemento alegórico, calificado, por un crítico social de nuestra época, como un recurso escapista frente a los anomalías sociales o de clase, actitud de fuga que fue común en la literatura aristocratizante o cortesana de los siglos XVII y XVIII. Pero el racionalismo igualitario de la segunda mitad del XVIII—las ideas reformistas de los "modernos filósofos"—plantea una actitud diferente. El filósofo—como se llamaba entonces, genéricamente, al escritor—debía señalar y hacer la crítica de los males sociales y aconsejar a los demás hombres, ofreciendo sus luces para la mejora de las costumbres. La novela resulta así inseparable de una misión de denuncia de males que afectan a la sociedad y a los hombres que la constituyen.

Las novelas de Olavide no están desprovistas de técnica. El "autor omnisciente" preside en todo el relato.

Sus personajes se mueven a merced de su voluntad, como era usual en la época. Las reflexiones están a su cargo lo mismo que el trazo de los ambientes. Los personajes son descritos interior y exteriormente con gran acopio de observaciones meticolosas, pero los mismos no tienen libertad de expresión. El autor habla casi siempre por ellos, en tercera persona. Usa el relato en pretérito, pero en determinados momentos, sabiamente escogidos, sobre todo para subrayar los diálogos, pasa bruscamente al presente de indicativo, lo cual comunica animación al relato y ruptura de la monotonía. Un ritmo agradable se mantiene firme y da la nota estalística estable a la narración.

Transcurrido el momento del diálogo, el relato pasa de nuevo al pretérito. En otras situaciones, el tránsito del pretérito al presente parece ser recurso para acentuar las escenas de fuerte dramatismo y para comunicar intensidad a la acción.

Puede que los personajes olavideanos sean tachados hoy de convencionales y artificiosos. Puede que así lo sean para el criterio de nuestra época. Pero entonces tal convención o artificio volcado en la técnica del relato era la vigente en la concepción artística de las gentes pues no hay criterio más variable ni fugaz en el tiempo, el espacio y la moda que el concepto del hombre sobre los demás hombres o las creaciones del ingenio humano.

Roger Caillois ha señalado cómo los personajes de Dostoyewski parecieron monstruos y forzados en momentos en que los de Jorge Ohnet se reputaban verídicos. Stendhal envidiaba su buen éxito a Jorge Sand. En nuestra época Dostoyewski y Stendhal resultan modelos como creadores de la novela psicológica.

¿Qué significado tiene la obra narrativa de Olavide para la literatura hispanoamericana?

Lo que hasta entonces se había escrito en América de habla castellana —y aún en la del Norte— en materia de novela eran meros relatos pintorescos de hechos reales pero no ficticios y bosquejos novelables o anovelados.

En lo que al Perú se refiere vale citar dos casos: el de Mogrovejo de la Cerda (del Cuzco) quien vivió entre fines del XVI y comienzos del XVII, autor de *La endiablada*, relato de corte quevedesco en que el recuento de aventuras e incidencias da lugar accidentalmente, a alguna expansión imaginativa y el de Alonso Carrió de la Vandera, autor de *El Lazarillo de ciegos caminantes* (de 1773), relato de viajes entre Buenos Aires y Lima en el cual la picardía y satírico decir inducen a olvidarse de realidades vistas y, por instantes, enajenarse en la creencia de hechos imaginados.

Definitivamente ni el uno ni el otro son novelas sino relatos de aventuras más o menos efectivas o de viaje real aderezado con algún toque imaginario. Acaso constituyen algo que podríamos denominar “pre-novelas”, larvados intentos de narración sin menester ficticio definido como también sucede con *El Carnero* de Juan Rodríguez Freile (1556-1638), antecedente colombiano, y con *Los infortunios de Alonso Ramírez* del mejicano Carlos Sigüenza, de fines del XVII, que también es forma primitiva de ficción novelesca y relato autobiográfico o crónica de hechos reales más o menos deformados por ciertos atisbos de fantasía.

Olavide intenta y realiza por primera vez la ficción plenamente conciente de su calidad novelesca. Entra a reivindicar, en el filo de los siglos XVIII y XIX, de un lado lo que había sido la novela ejemplar cervantina de los siglos de oro y de otro lado, lo que acababa de reinven-

El significado hispanoamericano

¿Qué significado tiene la obra narrativa de Olavide para la literatura hispanoamericana?

Lo que hasta entonces se había escrito en América de habla castellana —y aún en la del Norte— en materia de novela eran meros relatos pintorescos de hechos reales pero no ficticios y bosquejos novelables o anovelados.

En lo que al Perú se refiere vale citar dos casos: el de Mogrovejo de la Cerda (del Cuzco) quien vivió entre fines del XVI y comienzos del XVII, autor de *La endiablada*, relato de corte quevedesco en que el recuento de aventuras e incidencias da lugar accidentalmente, a alguna expansión imaginativa y el de Alonso Carrió de la Vandra, autor de *El Lazarillo de ciegos caminantes* (de 1773), relato de viajes entre Buenos Aires y Lima en el cual la picaresca y satírica decir inducen a olvidarse de realidades vistas y, por instantes, enajenarse en la creencia de hechos imaginados.

Definitivamente ni el uno ni el otro son novelas sino relatos de aventuras más o menos efectivas o de viaje real aderezado con algún toque imaginario. Acaso constituyen algo que podríamos denominar “pre-novelas”, larvados intentos de narración sin menester ficticio definido como también sucede con *El Carnero* de Juan Rodríguez Freile (1556-1638), antecedente colombiano, y con *Los infortunios de Alonso Ramírez* del mejicano Carlos Sigüenza, de fines del XVII, que también es forma primitiva de ficción novelesca y relato autobiográfico o crónica de hechos reales más o menos deformados por ciertos atisbos de fantasía.

Olavide intenta y realiza por primera vez la ficción plenamente conciente de su calidad novelesca. Entra a reivindicar, en el filo de los siglos XVIII y XIX, de un lado lo que había sido la novela ejemplar cervantina de

Esto conduce a la aserción de que debe rectificarse un capítulo importante de la historia literaria hispanoamericana: pues un escritor oriundo del Perú, de renombre europeo y universal, fue en el tiempo el primer novelista americano.